

Verdades que no matan

por ANGEL MARIA TORRECILLA

Me cuesta decirlo. Pero es la verdad. Mi pueblo es feo. Sí, feo como el oscuro zaguán de una casa vieja. Míresele por donde se le mire su perfil sigue siendo el mismo. Demacrado, sin color, deslucido... Tiene, no cabe duda, algunos ángulos de mejor estampa, pero siempre incompletos, porque allí, precisamente allí al lado, habrá algo que lo eche todo a rodar; que haga que una postal un tanto decorosa quede en eso, en una trivial y desvaída fotografía de minuto.

Y lo digo así, tajante, porque con frecuencia nos ocurre que, cuando escribimos sobre nuestro pueblo, tratamos, maliciosos, de ocultar sus defectos y nos damos sobrada maña para que, incluso, éstos resplandezcan como virtudes, sin pararnos a pensar en el doble engaño en que incurrimos. Aunque, si bien, no lo hay. Pues ni se engaña el que lo escribe, ni cae en engaño el que lo lee, como no se vea traicionado por un inocente y ajeno desconocimiento. En tal caso, sin duda, nuestra mentira sería creída. Pero nada íbamos a conseguir con ello. Tan sólo que nuestro escrito fuera una celada de falsedades en cuya trampa cayesen cuantos con él tropezaran y un documento lelo y vano para generaciones futuras. No lo niego. Es hasta doloroso el tener que hablar mal del viejo lugar donde hemos nacido. Nos da la impresión de que faltamos. Como si le hiciéramos un desprecio ruín, innoble. Y cuesta vencer esta idea sentimental para poder decir la verdad. Pero sólo así podrá uno, con sincero realismo, describirlo tal y como es, sin por ello sentir menos aprecio por sus viejos rincones que aquél que le regala falsas caricias de bonitas palabras.

Con esta intención sana y bien dispuesta he recorrido, pues, sus calles, he contemplado sus casas y me he detenido en sus plazas. Y al caer de la tarde he vuelto a mi habitación con el nudo apretado y seco de una rabiosa conclusión: de que mi pueblo es feo.

Pero no lo es tan sólo, como muchos creen, porque conserva aún, como una oscura verruga, su parte antigua. Esta, aunque rancia y fea, guarda, por lo menos, la pizca de gracia de alguna de sus callejuelas, retorcidas y traviesas como cicatrices, y el encanto —el viejo encanto— de sus torres y casas solariegas naciendo en estrechos surcos de sombra



añeja. Mientras que la parte nueva, si es fea, lo es porque sí, sin ingenio ni donaire.

Allí, en la parte alta del casco antiguo, las calles pendientes y cortas se rompen y enredan, como arrugas, en el quiebro de cada esquina, hasta que son recogidas por otra más larga que con paso lento y fatigoso sube el afilado repecho, cansada ya de portar la saca de unas vetustas casas, cosidas a petachos sobre su pina corcova. Unas casas que para sostener su descolorida osamenta se arriman muy juntas, porque la gangrena del tiempo las está comiendo.

Más abajo, también viejas y desiguales, se levantan como una empalizada débil, en las calles angostas, de trazo tembloroso.

Y en el centro de esta zona, de puntillas, en difícil posición para no pisar las atrevidas casas que se han acercado demasiado a ella, la iglesia parroquial se alza muy alta, con el cuello de su largo campanario estirado hacia arriba.

Enfrente, mirándole de lado, con los ojos vacíos de sus arcos, el Ayuntamiento, ya envejecido, se asienta al sol, apoyado en otros edificios, delante de su retazo de plaza, muy pequeño y mal dibujado.

Es esta la parte antigua de mi pueblo. Un trozo de fósil medieval, palpitante y lleno de vida.

La calle principal, doblada por el centro, como si un traspies le hubiese hecho cambiar de dirección, lo une con el casco nuevo. A ambos lados de ella unas casas grises y pardas se alinean, como una dentadura amarillenta, sarrosa. Es este un casco más reciente que nuevo, de aspecto descuidado, soso y sin carácter, donde, ciertamente, al igual que en la zona antigua, habría que hacer diversas salvedades que se dejan sobre volar, ya que si la excepción no hace la regla, tampoco aquí podría mudar la marcada fisonomía de su estética desgredada.

Pero sin esto importarle mucho, el pueblo crece, crece, como sea. Ya no cabe en aquel primer lecho que el mar como dentro de una gran concha lo había guardado. Empieza a desparramarse por los bordes de las afueras. Y a trepar, a subirse hasta las alturas próximas, enfermando, matando el verde pulmón que lo purgaba y le daba respiro en su ahogo de casas y fábricas que lo asfixian. Barriadas enormes como batallones, trozos de pueblo sueltos y unidos a la vez, como hinchazones que no desaparecen, van surgiendo en sus cimas. Y el pueblo viejo, de siempre, feo en su pringoso buzo de trabajo, se hunde más y más debajo de un sucio cielo de amianto.

Continuación de S. O. S.

tonio se veía la vista más bonita de Rentería. Ahora las casas mastodónticas de la Vega de Iztieta no permiten ver el pueblo. Una vez más los árboles no dejan ver el bosque. Item más: ¿Por qué se ha tapado con una casa antiestética, sin balcones, la vista de la calle de Carasa (Segundo Izpizua)? La vista de esas villas de la estación al otro lado del río sería preciosa. Además la calle pide una continuación para la vista, y no que se la corte bruscamente. Se ha edificado la Vega de Iztieta sin contar para nada con lo ya edificado. Y desde luego, sin contar conmigo, con la Estética.

—Y por fin: Por si fuera poco que antes los cables de los teléfonos festoneaban las casas escondiéndose entre los salientes con timidez, van ahora y me ponen unos tubos gordos por las paredes de las casas, estropeando la parte antigua y típica (Calle Magdalena de mi vida, Goiko-kale de mi corazón, etc.). Y no hay nadie que me defienda. Todos se meten conmigo, ¡una dama indefensa! ¿No quedan ya quijotes para defenderme?

—Pero señora, —le digo— ¿Quién ha cometido ese atentado llenando las casas y las calles de tubos horrorosos?

—Ha sido Iberduero.

—Pues lo siento, señora. No puedo hacer nada. Yo en estos asuntos estoy a oscuras.